ANGELO, CARMELO Y EL JARDIN DE LOS RECUERDOS ESCONDIDOS

BY CHILDBOOK.AI

Angelo y Carmelo visitaban a su bisabuela Marta cada tarde. Ella siempre reía con ellos, pero a veces olvidaba palabras o nombres. Una tarde preguntó: “¿Quién eres tú, pequeño?”, mirando a Angelo con ternura. Angelo sintió un cosquilleo extraño en el corazón. Esa noche, una luz dorada apareció en su cuarto, brillando como una luciérnaga gigante. “Ven, Angelo, sígueme”, susurró la luz. Carmelo, curioso, gateó detrás de su hermano hacia la aventura que los esperaba.

La luz los llevó a un jardín mágico lleno de flores brillantes, puertas flotantes y fotografías que giraban en el aire. Angelo tomó a Carmelo de la mano. “¡Mira, hay caminos hechos de luz!”, exclamó Angelo. Un cartel dorado decía: “Jardín de los Recuerdos Escondidos de Marta”. Angelo entendió que debían encontrar los recuerdos perdidos de su bisabuela. Carmelo aplaudió emocionado, y ambos comenzaron a caminar entre las flores que susurraban risas antiguas y nombres olvidados.

Jardín de
los Recuerdos
Esscodidos de Marta.

Entre tantas puertas, una era verde y brillante como una manguera de jardín. Angelo la reconoció enseguida. “¡Esta puerta me recuerda algo!”, dijo emocionado. Al abrirla, apareció una manguera verde flotando en el aire, igual a la que usaba Marta en Venezuela. Angelo la tocó y una luz cálida lo envolvió. Recordó el día que jugó con agua y mojó a su bisabuela sin querer, y ambos rieron mucho. Carmelo rió también, aunque no entendía bien la historia.

La manguera comenzó a brillar y a flotar sola. “¡Es mágica!”, gritó Carmelo, aplaudiendo con sus manitas. Angelo la sostuvo y, al apretarla, salieron chorros de agua brillante que dibujaban formas en el aire: flores, mariposas y hasta el rostro sonriente de Marta. “Esta agua guarda recuerdos felices”, pensó Angelo. Decidieron usarla para regar el jardín y despertar más recuerdos escondidos de su bisabuela, mientras caminaban hacia el centro del jardín mágico.

Al regar las flores con la manguera mágica, estas comenzaron a abrirse y susurrar nombres: “Marta… hija… hermana… amiga…”. Angelo escuchaba con atención cada uno. Carmelo repetía las palabras riendo, aunque las decía mal. De pronto, una flor enorme se abrió y mostró una fotografía antigua de Marta joven, sonriente, regando su jardín en Venezuela. “¡Es ella!”, dijo Angelo emocionado, sintiendo que estaban cerca de encontrar algo muy importante para su bisabuela.

Un camino de fotografías flotantes se extendía frente a ellos. Cada imagen mostraba momentos de la vida de Marta: bailando, cocinando, abrazando a sus nietos. Angelo caminaba despacio, mirando cada recuerdo con cariño. Carmelo señalaba las fotos y sonreía. Pero al final del camino, encontraron un espacio vacío, oscuro, donde debería estar una fotografía. “Aquí falta un recuerdo”, dijo Angelo preocupado. Supo que debían encontrarlo para ayudar a su bisabuela.

Angelo sintió miedo al ver el espacio vacío. “¿Y si no lo encontramos?”, preguntó en voz baja. Carmelo tomó su mano pequeña, como diciéndole que no estaba solo. Angelo respiró hondo y levantó la manguera mágica, dejando que el agua brillante cayera sobre el espacio oscuro. Poco a poco, una imagen comenzó a formarse: Marta joven, riendo mientras un niño pequeño la mojaba con una manguera verde en su jardín de Venezuela.

“¡Ese niño soy yo!”, exclamó Angelo sorprendido. La fotografía cobró vida y ambos escucharon las risas de aquel día feliz. Una voz suave, como la de Marta, susurró: “Aunque mi mente olvide nombres, mi corazón siempre recuerda el amor”. Angelo entendió el mensaje: los recuerdos podían desaparecer, pero el cariño permanecía. Carmelo aplaudió feliz, sintiendo la magia del momento, mientras las flores del jardín brillaban más fuerte que nunca alrededor de ellos.

Ese n

De repente, todo el jardín se llenó de luz dorada. Las puertas se abrieron, las fotografías bailaban en el aire y las flores cantaban suavemente. Angelo sostuvo la manguera mágica en alto, como un tesoro encontrado. “¡Lo logramos, Carmelo!”, gritó feliz. Carmelo saltó emocionado, riendo a carcajadas. El camino de regreso apareció frente a ellos, brillante como una estrella, listo para llevarlos de vuelta a casa, junto a su bisabuela Marta.

Angelo y Carmelo despertaron en su cuarto, con el corazón lleno de calidez. Corrieron a ver a Marta, quien estaba sentada en su silla favorita. “¿Quién eres, pequeño?”, preguntó ella, sonriendo con dulzura. Angelo no se entristeció esta vez. La abrazó fuerte y dijo: “Soy Angelo, y te quiero mucho, abuela”. Marta sonrió y lo abrazó también. Aunque no recordara su nombre, su corazón sí reconocía el amor de sus bisnietos.

¿Quién eres, pequeão?

El Alzheimer es una enfermedad que hace que algunas personas mayores olviden nombres, historias o momentos importantes. A veces no recuerdan quiénes son sus familiares, pero eso no significa que dejen de quererlos. El amor vive en el corazón, no solo en la memoria. Por eso, aunque la abuela Marta olvide palabras, siempre sentirá el cariño de Angelo y Carmelo cuando la abrazan, le sonríen o le cantan una canción juntos.

En el jardín mágico se escondieron cinco flores doradas, tres mariposas brillantes y la manguera verde. ¿Puedes encontrarlas todas? Esta historia es para Marta, con todo el amor de sus bisnietos Angelo y Carmelo, y de toda la familia que la acompaña siempre. Recuerda: aunque la mente olvide, el amor siempre encuentra un camino hacia el corazón. Fin.

Spark Your Child's Imagination

and create a personalized book in which you are the main character

BECOME A BOOK HERO

CHILDBOOK.AI